

## Las palabras matan

Por Roberto Rubio-Fabián

"Todos debemos recordar que los discursos de odio anteceden a los crímenes de odio". "Las palabras matan tanto como las balas". Estas son las sentidas frases que se escuchan en un spot de Naciones Unidas, pronunciadas por Adama Dieng, asesor de la ONU para la Prevención del Genocidio.



Adama nos invita a recordar que el Holocausto/genocidio de los judíos en Alemania no comenzó con la cámara de gas, sino mucho antes, con la intensa campaña de odio de los nazis en contra de ellos; que las masacres de los tutsis en Ruanda o de la población rohingya en Myanmar fueron anteceditas también por campañas de odio. Las crecientes campañas de odio de los supremacistas blancos en Estados Unidos o de los neonazis y extremistas en Europa ya han producido cientos de asesinatos y heridos, amén del maltrato y desprecio hacia los migrantes. La reciente masacre de El Paso, Texas, es un claro ejemplo de ello. Y vendrán más.

En nuestro país, recordemos que no hace muchos años la campaña de odio contra sacerdotes/monjas condujo al asesinato de varios de ellos: Rutilio Grande, los cuatro jesuitas, las monjas norteamericanas, Monseñor Romero, entre los más conocidos. El odio de las extremas también produjo muchísimos civiles inocentes asesinados entre mediados de los 70 y fines de los 80.

Desde hace mucho tiempo no hemos tenido muertes por causas políticas (aunque sí de políticos vinculados al narcotráfico o crimen organizado). Desde hace años que no ha habido asesinatos por pensar políticamente distinto, tal como sucedió antes y durante la guerra civil. Es uno de los méritos de nuestro proceso de paz. Valga señalar que en México y en nuestros países vecinos sí los ha habido.

Ahora las redes sociales se inundan de discursos de odio hacia el que piensa distinto. Y buena parte de ellos se dirigen hacia los que piensan distinto del gobierno. Un ejemplo, y por cierto no el único, son los disparos de odio de troles, robots o fanáticos gubernamentales, dirigidos hacia aquellos que han criticado el Plan de Control Territorial, su efectividad, sus daños colaterales o las cifras de sus resultados. Algunos de los blancos han sido mujeres periodistas, influencer/blogueras, a las que en el mejor de los casos amenazan o incitan a violarlas.

Por el momento, esa marabunta de difamaciones y amenazas no ha producido hechos de violencia física. Aunque sí ha creado un ecosistema de violencia mental que genera miedo e inhibe/limita a algunas personas, instituciones y medios a ejercer su labor crítica y/o independiente. Algunos han optado por la autocensura.

Por ahora, las palabras no matan. Pero si las actuales dinámicas de insultos y odios en redes sociales se extienden y suben de volumen, y no son controladas a tiempo, tarde o temprano esas palabras de odio podrán matar como las balas.

Hoy el blanco son algunos periodistas, mañana lo podrán ser los medios de comunicación, y pasado mañana los intelectuales, las universidades, los adversarios o partidos políticos, los líderes sociales o religiosos. Más tarde lo podrá ser también la libertad de expresión que tanto nos ha costado. Hay que frenar esta marcha de odio antes de que las palabras se

transformen en sangre.

Una de las principales funciones de las tecnologías de la información, y sobre todo de las redes sociales, es conectar, tejer lo que está separado. En tal sentido, no debería servir como instrumento de odio para separar y desconectar las personas, sino para su unificación y armonización. En las redes sociales se pueden confrontar ideas, pensamientos y comportamientos, pues de esto pueden salir cosas buenas, pero sin el peligroso e incendiario discurso del odio. Como termina afirmado Adama en su spot de la ONU: "Debemos usar la palabra para que se convierta en una herramienta de paz, una herramienta para el amor, para la unidad social, para la armonía".